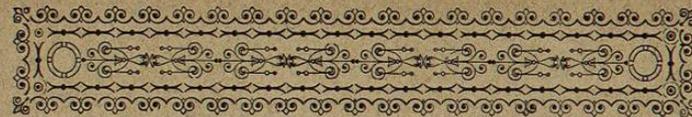


bullicio y espanta en la soledad de la noche. Júzguese de tan extraño género de poesía por las dos que comienzan, *Aquel romor de cantigas e risas* y *Co seu xordo e constante mormorio*, ó también por la muestra que transcribo:

Mais ve qu' o meu corazón  
E unha rosa de cen follas  
Y e cada folla unha pena  
Que vive apegada n' outra.  
Quitas unha, quitas duás,  
Penas me quedan de sobra,  
Oxe dez, mañan corenta,  
Desfolla que te desfolla.  
¡O corazón m' arrincarás  
Des q' as arrincares todas!

Aun es más nervioso y violento el libro II, que lleva por epígrafe *D'o intimo*, donde hay joyas de tanto precio como *Na Catredal* y *¡Padron! ¡Padron!*, efusiones líricas que recuerdan otras de Bécquer; si bien el tono reposado y enfermizo de éstas no tiene punto de comparación con la energía desesperada y frenética de las *Follas novas*, que entre las quejas y suspiros arroja dardos de invectiva sangrienta, como *Ti onte mañan eu* y *¡De valde!*, jugando con la idea de la muerte en una forma que no tiene el mérito de la novedad. También parece sistemática la exageración en la última parte del libro, por grandes que se supongan la ingratitud y el desamor de los que emigran á remotos climas para con los que lloran su ausencia.

Bastaran, á pesar de todo, las *Follas novas* para asegurar á Rosalía Castro un lugar muy distinguido en la historia del renacimiento literario de Galicia, si no existiesen los *Cantares*, á los que principalmente va asociada la gloria de su nombre.



### CAPÍTULO III

#### NUEVAS MANIFESTACIONES DE LA POESÍA LÍRICA

Lamas Carvajal.—B. Losada.—Curros Enriquez.

**C**RAS la publicación del *Album de la Caridad* y de los *Cantares gallegos* corre una década de casi absoluta infecundidad para la literatura indígena de que aquellos dos libros fueron albores; mas al fin vino á unirse al coro del naciente Parnaso una voz juvenil, en cuyos cantares palpitaba el espíritu de la tierra con su extraña combinación de bulliciosa alegría y pesimismo resignado.

Si el amor al suelo natal es la musa obligada de los poetas regionales, y particularmente de los gallegos, á ninguno quizá dominó más avasalladora y exclusivista esa pasión; á nadie ha ligado con más fuertes vínculos, subiéndose del corazón al cerebro y transformándose en motor único de todas las potencias del alma; á nadie dictó confidencias más sinceras que á Valentín Lamas Carvajal, cuya vida y cuyos versos son los del hombre culto que se acerca al pueblo para enseñarle y aprender de él, para conocer sus

genuinos sentimientos, y observar sus costumbres y hablar su lenguaje. El autor de *O tío Marcos d'a Portela*, periódico escrito para los aldeanos gallegos, que podría pasar por copia ligeramente retocada de las conversaciones entre ellos habituales, no necesita explicar los procedimientos artísticos que adopta, demasiado visibles, por otra parte, en sus rimas, vaciadas en igual molde que los *Cantares* de Rosalía Castro, y selladas con el mismo carácter.

La idolatría de Lamas Carvajal hacia la región galaica se extiende á todo lo que con ella se relaciona, aunque mire con preferencia la clase rural, por ser la más típica; se extiende á los encantos que la Naturaleza derramó en aquel suelo, á la lengua, á la tradición y á los recuerdos históricos. Como si la desgracia de ser ciego hubiera afinado la sensibilidad interna y avivado la fantasía del poeta para idealizar el Paraíso que no puede ver con los ojos corporales, percibe y adivina con certera intuición cualidades ignotas y sutiles misterios en el ambiente y el paisaje, en el rumor de aguas y brisas, en la vibración de la campana, en el canto de la alborada que saluda al día, y en el *alaláa* que resuena por el monte y la campiña, como queja de infinita dulzura, cuando el Sol descende al ocaso; en el olor que exhalan el terruño y la vegetación espléndida, y en las impresiones más fugaces que le comunica el mundo breve, pero holgadísimo para él, donde están concentrados sus afectos y esperanzas.

No se crea por esto que Lamas Carvajal es un bucólico trasnochado, optimista y bonachón, que desconoce el lado trágico de la vida y que trata de resucitar á los filósofos con pellico y las pastoras marisabidillas; no es de los que describen por referencia los panoramas rurales y prestan sus concepciones propias á ficticios personajes que de campesinos sólo conservan el nombre; sino que ha penetrado muy de veras en las intimidades de lo que ellos creen, sufren y

anhelan, y sabe distinguir en sus héroes lo que es sencillez patriarcal, franqueza expansiva, virginidad de sentimientos, y lo que es egoísmo sórdido, fría indiferencia ó claro síntoma de perversión moral. En las composiciones geniales de nuestro autor dominan la observación y el análisis más que los elementos líricos, y algunas hay que parecen páginas de una novela ó cuadros de costumbres tan vivos y fieles que hacen olvidar el artificio de la rima.

Así se presenta con enérgico relieve el contraste que forma la Naturaleza rica y exuberante con la miseria del triste agricultor, esquilado por el caciquismo y la usura, y que no sabe huir de la justicia antifrástica en cuyas fauces suele dejar con sus cortos ahorros el sustento de la arruinada familia. Del fondo de tantas desventuras surge el espectro de la emigración que arranca del hogar paterno al inexperto mozo, para negarle las más de las veces el bienestar comprado con terribles sacrificios. Hasta la Religión y sus consuelos maravillosos llegan al ánimo del campesino gallego desvirtuados por absurdas supersticiones que se adhieren á su cerebro con tenacidad increíble, y que en vano tratan de combatir los buenos abades, parecidos á aquel de Armenteira que retrata Carvajal en una de sus obras <sup>1</sup>.

Comparando éstas entre sí, puede apreciarse la evolución que ha experimentado el ingenio del poeta, más por el poder de los años y el duro aprendizaje de la vida que por el cambio de principios y teorías, cuya rigidez pugna con el desembarazo y la libertad propios del arte popular. Por el volumen de *Espiñas, follas e frores* <sup>2</sup> vagan reminiscencias de la lectura de Zorrilla, Bécquer y otros líricos castellanos, hábilmente apli-

<sup>1</sup> *Saudades gallegas*, pág. 55.

<sup>2</sup> Madrid, 1878. Tercera edición. Las dos anteriores se habían publicado poco tiempo antes en Orense.

cadras á asuntos regionales; se perciben deijos de trova sentimental y romántica leyenda en las melodiosas estrofas *Al despuntar el día en Conxo*, en la historia de las flores de Limia, llamadas por la tradición *los ojos del Ángel de la muerte*; en las poesías subjetivas, y hasta en algunas que traducen amorosos idilios campesinos. En cambio, las escenas de *O fiadeiro*, *O día de festa* y *A Escasula* rebosan de animación y vida, de franco y palpitante realismo. Lo que no debió escribir nunca Lamas Carvajal es la serie de panegíricos en verso consagrados á la memoria de este ó el otro hijo de Galicia más ó menos célebre, no solamente por el tono hiperbólico con que se encarecen allí los méritos de algunos sin razón calificados de genios, sino porque el autor no ha nacido para cultivar este género, ya de suyo muy peligroso.

A él pertenecen las poesías más flojas de la colección bilingüe que lleva el siguiente extrañísimo título: *Desde la reja: Cantos de un loco*<sup>1</sup>, y en la que es bastante digna de aprecio la sección gallega (*Unha vendima n'o Riveiro, O Gaiteiro, As campás de Vilanova*.)

Como niebla que se condensa, el velo de melancolía que se dejaba entrever en los primeros cantos de Lamas Carvajal fué envolviendo cada vez con mayor fuerza su atribulado espíritu, y se resolvió en la amarga onda de llanto que fluye por las páginas de *Saudades gallegas*<sup>2</sup>. Ya es el presentimiento del poeta al lanzar al mundo sus versos, seguro de que morirán olvidados y en la misma orfandad que los acompañó en la cuna; ya la perspectiva de la emigración ó de la escasez que invade el hogar del pobre rústico; ya son los ayes del cariño maternal por el ángel que voló al Cielo; ya la amarga resignación del ciego, abandonado de todos, que sale de su aldea, tanto más querida cuanto

<sup>1</sup> Orense, 1878.

<sup>2</sup> Orense, 1880.

con él más ingrata, y á la que vuelve con el mezquino caudal necesario para no morir de hambre, aunque sabe que allí no tiene amigos ni hay alma que le recuerde, sólo porque *siente sed de las aguas de aquellas fuentes, ansia de los besos de aquellos aires*. En *Fogos fatuos* habla un joven que cede á los halagos con que le brinda la fortuna desde lejanas tierras, como ceden los pájaros á la seducción de la serpiente; y cuando, al regreso, acude á llorar sobre la tumba de su prometida, se ve turbado por misteriosas apariciones. *O berme* encierra las teorías del socialismo instintivo que un mal genio hace penetrar en el oído del labriego, irritado contra la hartura y la avaricia sin entrañas. Sólo por rarísima excepción aparecen la nota cómica ó el rayo de alegría en las *Saudades gallegas*.

Acercándose cada vez más al terruño, y huyendo las vaguedades idealistas, compuso Lamas su última obra, *A musa d'as aldeas*, que casi alcanzaría la perfección en su línea si el propósito de copiar la realidad no se juntase con el de presentarla siempre por su lado peor. Admiran la gracia y el amargo escepticismo con que, según las ocasiones, hace discurrir el autor á sus personajes, dignos algunos de la pluma de Quevedo y el pincel de Goya: pero ¿no es una especie de falsedad el omitir sistemáticamente, al retratar la psicología y las costumbres de un pueblo, todo lo que puede enaltecerle, acumulando en cambio pormenores sobre su abyección moral y su manera de concebir el amor como un instinto fisiológico, y los refinamientos de su venganza, y su rudeza y atraso intelectuales, quizá para ganar la simpatía de los lectores por el camino de la conmiseración? ¿No hay un fondo de delicadeza, descubierto por Rosalía Castro y por el mismo Lamas Carvajal cuando no era tan pesimista, bajo las exterioridades lúgubres ó prosaicas en que ahora se detiene el autor de *A musa d'as aldeas*? ¿Cuánto no aventajan en este libro aquellos cuadros en que palpitan

emociones nobles, á los que sólo reflejan los apetitos de la bestia humana!

Lo que es desviación pasajera y accidental en Valentín Lamas, constituía un hábito en otro poeta gallego ya difunto, narrador ingenioso que mezclaba con las sales del epigrama todo género de alusiones y reticencias malignas, cuando no abiertamente indecorosas. Yo no sé si Benito Losada <sup>1</sup> (1824-1891) creyó reproducir así con más fidelidad uno de los aspectos que ofrece la poesía popular de Galicia, ensayando el tono socarrón y picaresco de la sátira libre de las leyes impuestas por el pudor y la cultura, y atreviéndose á decirlo todo y á pintarlo todo, con franqueza y desnudez de lenguaje verdaderamente primitivas, y que vienen á coincidir en parte con las del naturalismo contemporáneo; porque los extremos se tocan, y las malas inclinaciones del hombre subsisten en medio de la vida del campo lo mismo que en el seno de una sociedad refinada y decrépita. Lo indudable es que los *Contiños d'a terra*, y algunas otras poesías del propio estilo que se leen en *Soazes d'un vello*, no compensan con el donaire y el color local la espontánea repulsión que producen sus audacias de concepto y de frase, tanto más cuanto que ni siquiera están desleídas ó disimuladas, sino que el poeta las busca de propósito para encerrarlas en breves líneas y romper de frente con los fueros de la moral y las delicadezas del arte. La poesía, sobre todo, cuando se rebaja hasta el cieno y anda por ciertas resbaladizas pendientes, no recibe nada estimable á cambio de su dignidad y de las ingénitas prerrogativas que así pierde.

Hay en la lira de Losada otra cuerda más agradable: la que responde á la serena alegría y placidez del espíritu ante los hechizos del paisaje y las expansiones

<sup>1</sup> *Soazes d'un vello. Poesías gallegas*. La Coruña, 1886. (Tomo V de la *Biblioteca Gallega*.)

de la vida rural; si bien esta contemplación no suele ser desinteresada, sino que se mezcla con el epicureísmo senil del hombre que ha bebido copiosamente en la copa del placer y ya no puede acercarse á ella sus labios, gozándose en renovar las ilusiones locas de la juventud y distraerse con recuerdos de lo que huyó para no volver jamás. Si alguna vez lamenta el autor de los *Soazes* la brevedad angustiosa de la existencia y la proximidad de la muerte, lo hace en el tono de Horacio y otros poetas sensuales del Paganismo; si le sorprende el pensamiento del *más allá*, que también se oculta en las almas descreídas, no trata de ahondar en él, ni en su tristeza pasa del *amari aliquid* que brota del deleite mismo cuando tiende á renovarse y lucha impotente con los años.

En resumen, la inspiración á flor de tierra que palpita en *Soazes d'un vello*, traduce con intenso colorido y riqueza de pormenores la realidad plástica, pero no la depura; campea con desembarazo en los dominios de lo cómico; pero tendría inmensamente mayor atractivo, más sano dejo y gracia más fina á no haberse bastardeado con inexcusables licencias.

Descarrios de otra índole han impedido al autor de *Aires d'a miña terra* <sup>1</sup>, Manuel Curros Enríquez, gozar aquella reputación indiscutida que su ingenio bastaba á conquistarle, y le han proporcionado, en cambio, la tempestuosa que nace de las polémicas apasionadas y de los fallos contradictorios en que, sobreponiéndose el espíritu de bandería á la apreciación inteligente y serena, se prescinde del arte para atender á intereses divorciados de él, cuando no le son abiertamente hostiles. Bien sé que la poesía puede convertirse en arma de defensa y mezclarse en el fragor de los combates; bien sé que, desde las *Mesenias* de Tirteo y los yam-

<sup>1</sup> La Coruña, 1886. Tercera edición, corregida y aumentada. (La primera se publicó en 1880.)

bos de Arquiloco hasta la *Némesis* de Barthélemy y los *Castigos* de Víctor Hugo, ha servido en muchas ocasiones para desahogar sentimientos de venganza, ya los colectivos de un pueblo, ya los de agrupaciones parciales, ya los de una sola persona agraviada; pero también es indudable que en este último caso, al desbordarse la cólera y darse al olvido las leyes de la equidad, cuando se generalizan los ataques y pasan de los individuos á instituciones augustas y dignas de veneración, entonces la impureza del fondo suele contaminar los más exquisitos primores de la forma.

Por lo que hace á las composiciones satíricas de Curros Enríquez, nadie, ni aun los que defendieron las tres de la primera edición denunciadas como impías (*A Igrexa fria*, *Mirand'o chau* y *Pelegrinos á Roma*), nadie, digo, podrá redimir de esa nota las imprecaciones del soneto *Diante unha imaxe de Iñigo de Loyola* y de *N'o convento*, añadidas con posterioridad<sup>1</sup>. Triste, muy triste es que figuren semejantes horrores en un libro que tanto ganaría si desapareciesen de él, pues no sólo le perjudican, haciéndolo repulsivo para todo creyente al herir las fibras delicadas del sentimiento religioso, sino porque anublan como crespón de sombra los místicos fulgores de la creación más bella que ha ideado la musa del vate gallego.

Transformada una vez en *ave de pío dulcísimo y alas de nieve*, de las que *anidan en los campanarios, bañándose en luz celeste y en las ondas del incienso que trasciende de la nave*, canta una tradición devota y popular, aprendida de los labios de su madre, y con tan sincero fervor como casi no es posible que brote de un ánimo ajeno del todo á las creencias en que se inspira. Más naturalidad y menor esfuerzo se advierten en

<sup>1</sup> Coincide con ellas en espíritu el poema anticlerical *O Divino Sainete* (1888), pintura burlesca de un viaje á Roma, en que el autor se supone acompañado del poeta Añón.

la leyenda *A Virxe d'o cristal*, aunque el poeta se considere obligado á pedir perdón por el tributo aquí rendido á la memoria de sus años infantiles, que en los ditirambos al progreso y á la democracia, donde el ropaje artístico no basta á disimular la identidad de las ideas con los tópicos vulgares del periodismo revolucionario. Quizá el autor de *Aires d'a miña terra* no ha abjurado de su antigua religión tan completamente como parecen indicar las invectivas de que la hace objeto.

Sea como fuere, y ¡ojalá no me equivoque en mis sospechas!, veamos cómo el émulo de Richepin y Carducci reanudó en un siglo escéptico la áurea cadena de las *Cantigas* marianas, tejida por la devoción ardiente del Rey Sabio, y cómo supo dar novedad y encanto á un género que tantas dificultades ofrecía, ya por haberlo desacreditado con sus abusos el romanticismo decadente, ya porque la misma perfección á que lo elevó el genio de Zorrilla aconsejaba no entrar en competencia con el insuperable modelo. El buen instinto de Curros Enríquez le impulsó á no imitarle demasiado, y la índole de los sucesos que había de narrar, tan sencillos y candorosos como los personajes que en ellos intervienen, le mostraba abierto un camino que no se confunde, ni en las apariencias, con el de la exaltación idealista y caballeresca, donde estampó el gran trovador castellano su huella luminosa.

Refiérese la tradición de *la Virgen del Cristal* al siglo xvii, á tiempos relativamente cercanos á nosotros, cuando ya habían desaparecido en gran parte las costumbres típicas de la Edad Media; cuando los nobles, como el *D. Xácome Mazcareñas* que aquí se menciona, preferían al retiro de su morada señorial las intrigas y el esplendor fastuoso de la Corte. En la servidumbre del opulento magnate se contaban *Martinho* y *Rosa*, pareja de enamorados cuyas dichas viene á turbar la envidia de *Xan de Ventraces*, despertando injustos celos en el corazón de *Martinho* sobre la conducta de

su prometida. El diálogo en que el poeta hace expresar al uno sus recriminaciones y á la otra sus protestas de inocencia, es un dechado de análisis psicológico, de concentración y sobriedad. Derramando lágrimas de amargura, dirige Rosa una oración á la Virgen que se le aparece en sueños, prometiéndole consuelo y favor. Un cristal milagroso, donde se ve estampada la imagen de la Madre de Dios, y cuyo hallazgo no hace deponer á Martinho su incredulidad, va á parar luego á manos de la doncella calumniada, y sirve para demostrar á todos su inocencia. En vano Martinho se arrepiente y toma cruel venganza de su rival: la mujer á quien iba á llamar su esposa entra para serlo de Cristo en un convento, y el pobre mozo tiene una muerte trágica, muy bien descrita á la verdad, pero que desentona algo en el conjunto, y de la que no sé decir si pertenece al fondo del relato popular, ó es adición del poeta.

Al lado de esta hermosa composición narrativa hay en los *Aires d'a miña terra* animadísimos cuadros de género, efusiones líricas de carácter personal, y fogosos cantos sociales que, por traducir ideas abstractas y sentimientos cosmopolitas, son los menos acomodados al título de la obra. Además, el estro del autor, que no suele incurrir en el prosaísmo cuando trata de enaltecer lo que es de suyo ó él estima pequeño, desfigura á veces lo grande con la hipérbole y el tono declamatorio.

Si hubiese de condensar en breves palabras el juicio que de lo expuesto se desprende, diría yo que en Curros Enríquez se unen dos personalidades: una, la del espíritu culto y delicado; otra, la del cleróforo impenitente, que extravía el vuelo de la primera.

Léase, para conocer prácticamente las condiciones artísticas del autor, la siguiente *Cantiga*, que es la más antigua de sus composiciones gallegas <sup>1</sup>, y una de

<sup>1</sup> También ha escrito algunas en castellano, como la recién publicada leyenda *El Maestre de Santiago*.—Madrid, 1892.

las más vulgarizadas en el país natal de Curros, donde se canta, con la música de D. Cesáreo Alonso Salgado:

N'o xardín unha noite sentada  
O refrexo d'o branco luar,  
Unha nena choraba sin trégoas  
Os desdés d'un ingrato galán.  
Y-a coitada entre queixas decía:  
«Xa n'o mundo non teño ninguén,  
Vou morrer e non ven os meus ollos  
Os olliños d'o meu doce ben».  
Os seus ecos de malenconía  
Camiñaban n'as alas d'o vento,  
Y-o lamento  
Repetía:  
«Vou morrer e non ven o meu ben».  
Lonxe d'ela de pé sobr'a popa  
D'un aleve negreiro vapor,  
Emigrado, camiño d'América  
Vay o probe infelis amador.  
Y-o mirar as xentís anduriñas,  
Car'a terra que deixa, cruzar:  
«¡Quén pudera dar volta, pensaba,  
Quén pudera con vosco <sup>1</sup> voar!...»  
Mais as aves y-o buque fuxian,  
Sin ouir seus amargos lamentos:  
Sólo os ventos  
Repetían:  
«¡Quén pudera con vosco voar!»  
Noites craras, d'aromas e lua,  
Desde enton ¡qué tristeza en vos hay  
Pr'os que viron chorar unha nena,  
Pr'os que viron un barco marchar!...  
D'un amor celestial, verdadeiro,  
Quedan sólo, de bagoas á proba,  
Unha cova <sup>2</sup>  
N'un outeiro  
Y-un cadavre n'o fondo d'o mar.

<sup>1</sup> *Con vosco*, con vosotras.

<sup>2</sup> *Cova*, tumba.